

Dos formas de la rebeldía

Un novelista alemán y, en consecuencia, filósofo liberado y convertido, proclama en un nuevo libro (1) su inquebrantable fe en el hombre; pero —precisión importante— sólo como posibilidad muy discutida y de ninguna manera generalizable. Luego de considerar y lamentar la compulsión impuesta por un mundo en la razón, la técnica y el automatismo producidos por la propaganda mediante, mayormente y mediatamente, el autor deduce que la única salvación posible habrá de alcanzarse por el apartamiento. Ser, es ser rebelde. Y una vez por el apartamiento en "Waldgänger" (el que se va al bosque), título original de esta obra, con el cual el autor recuerda a los propios poetas de la alta Edad Media que recurrieron al "bosque" como única vía posible de refugio con su virtualidad más propia. El "bosque" significaría para el autor lo secreto, lo que el diablo de Sócrates, la cifra y continúa el demonio más real seguridad; ya no es sólo el bosque natural de Thoreau, ni simplemente el bosque que puede encontrarse en el de Stachert, sino que puede encontrarse incluso en un edificio de apartamentos.

En una frase particularmente ilustrativa, Jünger describe, en este modo al hombre actual: "esperto, inteligente, activo, desconfiado, sin ninguna comprensión para el arte, instintivo entendedor de los tipos e ideas más sublimes, atencioso de la conciencia personal, enamorado de la seguridad, fácilmente manejable por los impactos verbales de la propaganda, cuyos abruptos cambios apenas puede advertir, henchido de ideales filantrópicos, pero a pesar de todo muy inclinado a ceder mano de la violencia más terrible no restringida por la ley ni el derecho de guerra tan pronto como su prójimo o su vecino se encayan en su sistema particular. Se siente, no escapan en su sistema por malignas potencias, pero aguijón sin cesar por malignas potencias hasta la hondura misma de sus sueños, es muy poco capaz de placer y ya no sabe lo que son fiestas". Jünger concluye su descripción resaltando los efectos nocivos del bienestar técnico del igualitarismo técnico y de la desintermedialidad de la personalidad en el seno de una existencia gris y desesperada.

La única respuesta digna ante el racionalismo materialista y el adiestramiento mecánico que se le deriva, proviene de esa élite reducida, de esa minoría o dos por ciento formado por los hombres de espíritu independiente, que han sentido la necesidad de saltar el cerco de las antiguas seguridades propuestas por una técnica deshumanizada, para enfrentar sin subterfugios la febril búsqueda de una vida auténtica e inimitable. Una existencia ya no sofisticada de la muerte. Jünger no deja de proclamar la fortaleza irredesible y ejemplar de esos espíritus excepcionales que han logrado hacer pie en su suelo más genuino, en lo que llama —aleman al fin— el Todo lo Absoluto. La dureza y el dolor de la empresa, se recompensan con invulnerables alegrías. Al pasajero desgarramiento que supone el apartamiento de la colectividad, sucede una consecuencia jubilosa de la identidad (no sólo con respecto de todos y con todos, y el mundo redonda en su esencial veracidad, al erigirse sobre el orden ético que lo fundamenta y justifica).

La gran mayoría, desvirtualizada por garantías que se supone lo protegen contra todo, teme asumir esa suprema libertad, esa desvalida intemperie así como la inminencia, fuera de todo plan, de la muerte. Hacinados en el engañoso Titanic técnico con el que Jünger simboliza ese mundo henchido y ciego de una prosperidad exterior y de un bienestar prefabricado, aún muchos de quienes lo denuncian, como Orwell, sucumben al temor, por ignorar la invulnerabilidad que produce el "bosque". Pero no se vaya a creer que el acceso a tal "bosque", a esa toma de conciencia con el ser, es tarea que pueda llevarse adelante abandonándose al instinto; lejos de ello, resulta aquí fundamental el instante poético de la "comunicación", ese proceso en donde el lenguaje —Heidegger diría— funda lo real y nos revela su secreto. Los técnicos, los burocratas, y los economistas y socialistas en todas sus variedades, no tendrían aquí nada que hacer. Pero

no se trata, el de Jünger, de un romántico anarquismo, sino de una dura escuela de sacrificio, donde sólo podrán ingresar quienes tengan el temple de un David, de un Guillermo Tell, de una Juana de Arco.

Aunque el pensamiento del autor, proclive a la jerga filosófica y a la nebulosidad mística, no decide ni mucho ni poco a lidiar con las objeciones que cualquiera ve venir (¿qué pasa, así, con esas inmensas mayorías?), el libro merece ser leído con atención, desde que integra una actitud que se va a usar mucho en años venideros. Se inscribe en efecto en esa línea de supercalibración que era de esperarse ante las exagera-



ciones e ilusiones del economismo y de una dialéctica propensa a remansarse en una síntesis acomodaticia. Y es en este sentido que hace pareja con otro libro (2) que nos llega al mismo tiempo —aunque escrito varios años atrás— y que endereza también su artillería contra las exorbitancias del racionalismo.

POLITICO activo, comunista militante antes de 1930, convertido luego en laborista, Ministro de Alimentación y Secretario de Guerra, inglés, al fin, el pensamiento de Strachey, fallecido en 1963, resulta, como se supondrá mucho más concreto y atenido a coyunturas reales. En este libro se estudian cuatro libros en los que el autor advierte ese "clamor sofocado" "contra quinientos años de racionalismo y empirismo", es decir, también aquí "contra la Ilustración" y las consiguientes demasías. Y también aquí se define, como en Jünger, los fueros de la vida privada, aunque —muy británicamente— sin preocuparse por buccar debajo de ella, como el filósofo alemán, la garantía sagrada de un orden absoluto. La obra de Koestler, Darkness at Noon, aparece comentada así como una reivindicación del valor de las relaciones personales y como el comienzo en literatura de la reacción contra el racionalismo. Racionalismo que Orwell, en su 1984, lleva a sus extremos y hace desembocar en un irracionalismo pavoroso. Para ese fecha, dice Orwell, la razón habrá perdido la razón, disol-

viéndose en un autoritarismo de rofes místicas que sólo podrá ser frenado por la "comunicación" "oceanica", supernaturalista, y la vida en la vida privada, escapando al control de un Estado omnipotente, digno de ser el estado ideal en que se quiera convertirlo.

Luego de considerar en Witness (El Testigo), del norteamericano Whitaker Chambers, características de la historia anticomunista, culmina el libro de Strachey con un estudio de El Dr. Jivago, en donde el autor inglés decausa sus ideas con más precisión y pertinencia, procurándonos además una interpretación que nos parece insuperable de la discutida y manoseada novela de Pasternak. Lejos de considerar El Dr. Jivago como una diatriba vergonzosa del régimen comunista, Strachey pone luminosamente en evidencia cómo el modo con que en dicha obra se rehabilitan los valores cristianos, las relaciones personales y la creación estética, no significa de ninguna manera que se reniegue de la Revolución. Strachey consigue poder de relieve, con muy oportunas transcripciones, el ponderado equilibrio con que Pasternak relaciona las tendencias estrictamente personales con las pretensiones de un racionalismo decaído. Queda en claro que Pasternak no impugna la Revolución, sino tan sólo la torpeza de sus conductores. Que incluso aboza una dialéctica muy ilustrativa en dos de sus personajes principales, Lara y Yury, una aceptando la Revolución y el otro rechazándola. Lo que le importa a Pasternak no es tanto el partido que se adopte sino la forma de hacerlo, la sensibilidad, y, en los dirigentes, el talento (o su carencia) con que se reconocen y respetan las relaciones personales, así como las necesidades estéticas y religiosas. Strachey manifiesta su adhesión a esta actitud, y aprovecha la oportunidad para acuar tanto a los marxistas cuestionados como a quienes los critican sin elevarse a un plano superior. Lo hace —conviene advertirlo— con una erasmianidad y un sentido de las proporciones que convierten la lectura de esta capítulo en algo aconsejable hasta con entusiasmo.

Resumiendo: la preocupación central de Strachey lo constituye el "craso" materialismo con que Rusia y los EE. UU. —éstos, para peor, sin la levadura mesiánica de una fe— coinciden en sacrificar todo lo que puede dar sentido y sabor a nuestras vidas, esos aspectos decisivos que sólo pueden ser aborridos, más reconocida la irreductibilidad de su misterio, por las experiencias éticas, estéticas y religiosas. Ya Marx y Engels lo sabían, cuando ensaraban reiteradamente el materialismo simplista de la Ilustración, del racionalismo francés y del utilitarismo inglés. Pero el racionalismo comunista debió desarrollarse en Rusia sin contar con la compensación humanista que stemperó los excesos del materialismo occidental. De ahí el "clamor sofocado" de los Pasternak y el reclamo de una ciencia que incluya lo que hoy no incluye, esa sesto ético, estético y religioso que no parece de ningún modo postergable. El alcance de la razón se ampliaría de ese modo y rebasaría sus más cercanos objetivos para abarcar al hombre con todo lo que es y con lo que pueda suponerse sea, más allá de lo que "sabe".

El recurso del "bosque" no parece por lo tanto imprescindible. La sociedad, para el temperamento más concillable y laborista de Strachey, es aún organizable en algún grado; pero, eso sí, en tanto conserve su plasticidad, totere las disidencias y no sólo permita sino que facilite la manifestación y concreción de las tendencias subjetivas, aun de aquellas que podrían considerarse perniciosa.

No podemos terminar esta nota sin señalar el peligro que sea corre de incurrir, siguiendo al pie de esas vías, en oscurantismos último modo de buscar en el "bosque" privilegios suspectos, olvidos y evasión, abandonando a los que ni siquiera puedan conseguir pasaje de tercera en el Titanic de la técnica actual. El problema es casi siempre el mismo: ¿es concebible que alguien se "salve" cuando algunos pasos más allá hay tantos, hoy uno, que no participa de esa salvación?

- (1) ERNEST JÜNGER: TRATADO DEL REBELDE. Buenos Aires, Ediciones Sur, 1964, 119 p.
 (2) JOHN STRACHEY: EL CLAMOR SOFOCADO. Buenos Aires, Ediciones Marymar, 1964, 152 págs.